

MANUEL ESTIÚ (1898-1986). LA EXCELENCIA DE LA CLÍNICA

Prof. Emérito Dr. Bernardo Eliseo Manzano.

Cronológicamente, el último de los grandes clínicos fue el profesor Manuel Estiú. Este destacado maestro nació en nuestra ciudad el 29 de abril de 1898 y obtuvo el título de médico en la Facultad de Medicina de Buenos Aires el 27 de junio de 1923.

EL HOSPITAL

Su actividad hospitalaria se inicia con su graduación. En 1925 es designado jefe de la Sala III del Hospital San Juan de Dios, a cargo de la Liga Popular contra la Tuberculosis, siendo director del citado hospital en 1935.

A este Servicio otorga la impronta de su personalidad y de su preparación. Con otro destacado y querido médico platense, el Dr. Paulino Rojas, fueron los primeros en proponer la intervención quirúrgica en los tuberculosos que no mejoraban con los escasos tratamientos que entonces se utilizaban.

En 1930 es designado médico clínico del Servicio de Cirugía del Hospital Policlínico, con asiento en la sala VI. Y, posteriormente, es nombrado – 1938-, jefe del Servicio de Clínica Médica – salas IX y X- del nuevo pabellón Dr. Enrique Finochietto, en el mismo nosocomio. En ese cargo permaneció durante treinta y ocho años. La acción del jefe y de sus valiosos colaboradores transformaron ese ambiente en un centro incomparable para el estudio clínico de los enfermos de nuestra ciudad y de toda la Provincia. Responsabilidad, orden, disciplina y una medicina excelente fueron las características sobresalientes de ese Servicio. Las historias clínicas eran modelos de perfección y, como dato valioso en la evolución de los enfermos, fueron las cuidadosamente fichadas y encuadernadas. Los enfermos eran estudiados exhaustivamente y luego del diagnóstico, el jefe y los médicos asistían a la intervención quirúrgica realizada por el extraordinario cirujano, el profesor Federico E. Christman, cuyo servicio, ubicado en la planta alta, era un verdadero modelo.

En otras oportunidades concurrían a las de necropsia para confirmar, o en raros casos, rectificar el diagnóstico. Para que el Servicio estuviera a la altura de los centros más

importantes del país, organizó ateneos, sesiones anatomoclínicas, reuniones bibliográficas y estimuló a los médicos en el estudio de idiomas.

Su Servicio contaba con un laboratorio muy completo y anexo al mismo se encontraba el Servicio de Alergia que dirigía el Dr. F. Dumm, donde se estudiaban todos los enfermos del hospital con esa patología.

SU FIGURA

Conocí al Dr. Estiú en 1945, cuando siendo practicante por concurso del Hospital Policlínico – así se lo designaba entonces – me destinaron a la sala X. Evoco al maestro cuando recorría la sala con su paso lento, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y con mirada atenta a todo lo que ocurría a su alrededor. Bajo de estatura; en su cara redonda se destacaban unos anteojos que enmarcaban unos ojos vivaces e inquisidores. Debajo de la nariz mediana sobresalían unos bigotes negros y espesos, bien recortados que ocultaban una boca pequeña. Su voz, pausada, interrogaba con precisión. Toda su persona inspiraba respeto.

Los pasajes de sala se transformaban en un rito. Era acompañado por médicos, practicantes y también por una enfermera que acercaba los implementos accesorios que se necesitaban para el examen clínico. En esos momentos era cuando se podía apreciar sus grandes conocimientos y su sólida formación. Después de la lectura de la historia clínica que realizaba el jefe de sector, el Dr. Estiú corroboraba los hallazgos clínicos y luego de revisar al paciente hacía acotaciones inteligentes y valiosas. Si bien conocía a la perfección todo el examen del enfermo, se destacaba preferentemente en la semiología de los sistemas respiratorio y circulatorio.

En ese ambiente, donde se realizaba una clínica de avanzada, se rodeó de un núcleo selecto de colaboradores y también de discípulos, algunos de los cuales fueron destacados profesores de nuestra Facultad. Entre ellos debemos mencionar a: Berta Alvarez, Cricco, Dumm, Estevez, Falcioni, Foutel, Lamberti, Lasta, Lázaro, Lenci Pesacq, Martínez, Jorge; Martínez Pinto, Masnatta, Mendiberry, Medvedoff, Montaña, Moreda, Pessacq, Rojas, Paulino; Rossi, Aquiles; Saltzmann, Tau, los hermanos Touceda, Urcegui, Vera, Vinai y Zárate.

En esas salas continuó hasta 1966. la forma como se lo separó del Servicio, no sólo a él sino también a prestigiosos médicos, fue un acto que la ciudad no podrá olvidar. El Dr. Estiú, tan franco en sus expresiones, escribe en su currículum: "Jefe del Servicio de Clínica Médica hasta 1966, dejado cesante por decisión compulsiva del Poder Ejecutivo a los fines

jubilatorios". El disgusto que concitó tal medida y, sobre todo, la forma en que fue llevada a cabo, deben servir de ejemplo negativo para que no vuelva a repetirse con otros colegas.

LA DOCENCIA

Además de su intensa actividad hospitalaria, demostró inclinación por la enseñanza. Desde su graduación, en 1923, comienza con entusiasmo la carrera docente. En ese mismo año se desempeña como jefe de trabajos prácticos de Medicina Operatoria, en nuestra Facultad. Posteriormente actúa como jefe de clínica y trabajos prácticos en la cátedra de Semiología y Clínica propedéutica. En 1929, cuando nuestra facultad era aún Escuela Preparatoria de Medicina, es designado profesor libre de Semiología, siendo uno de los primeros docentes en esa categoría.

Gran estudioso, leía diariamente revistas nacionales y sobre todo extranjeras. Su copiosa biblioteca, enriquecida por las últimas publicaciones mundiales, hacía que sus conocimientos fueran amplios y actualizados.

En 1934 es designado profesor titular interino de Patología Médica. Luego, por un acto arbitrario e injusto – según sus palabras – se alejó de la docencia, perdiendo nuestra facultad durante años a un médico inteligente, dedicado y responsable.

Felizmente la sociedad reconoce, a veces tardíamente a sus reales valores. Ello ocurrió con este maestro. En 1956, el Dr. Manuel del Carril, a la sazón Decano de nuestra Facultad, lo invita a reincorporarse a esa casa de altos estudios, siendo designado profesor titular de Clínica Médica en 1957, cargo que ejerce hasta su renuncia en 1961. al frente de la cátedra vuelve a ponerse en evidencia su entusiasmo por la clínica, sus sólidos conocimientos, su metodología en el estudio de los enfermos y su terapéutica actualizada.

Si bien sus clases, por su voz suave y pausada podríamos considerarlas como de tono menor, eran de tono mayor por su contenido; porque los alumnos salían aprendiendo un caso clínico bien estudiado y, sobre todo, porque la afección presentada se vería enriquecida con el aporte de la experiencia personal y con la última bibliografía sobre el tema.

Siempre fue un gran lector y un enamorado de la música. Esta última inquietud la compartía con su inolvidable esposa, la señora Aida Christman, eximia pianista. Vivió durante muchos años en una elegante residencia de estilo español que miraba hacia el bosque de nuestra ciudad. Allí instaló su consultorio donde concurrían los casos clínicos más difíciles de diagnosticar. En su trato cordial exteriorizaba su sensibilidad humana. Consideró al ser

enfermo en su totalidad y comprendió las angustias y los temores de sus pacientes a los que alentaba con voz pausada y persuasiva.

Su ejercicio de la profesión fue ejemplar. No desvirtuó nunca el verdadero sentido de nuestro apostolado: curar o aliviar al ser humano. No lucró con su profesión su vida fue un entusiasmo constante por saber medicina y poder ejercerla de acuerdo a la jerarquía que esa disciplina posee. Tuvo tres hijos, dos mujeres y un varón; este último abrazó la disciplina de su progenitor, dedicándose a hematología.

DISTINCIONES

Aureolado de un prestigio legítimamente adquirido, obtuvo numerosos reconocimientos. Fue presidente de la Sociedad Médica local, miembro titular de la Asociación Médica Argentina; miembro titular de la Sección Internacional de Medicina Interna; vicepresidente del Capítulo Argentino de la Sección Internacional de Medicina Interna; miembro del Comité de Honor del VIII Congreso Internacional de Medicina Interna. En 1936 recibe la medalla de oro del Premio Luis Güemes, por el mejor trabajo de Clínica Médica. Asimismo le fue conferido el Certificado de Honor de la American College of Angiology, siendo incorporado, en 1966, como miembro nacional correspondiente a la más elevada corporación médica del país, la Academia Nacional de Medicina. Finalmente, es nombrado presidente honorario de la Sociedad de Alergia de La Plata, en 1969.

Dos años después la Fundación Mainetti para el progreso de la medicina, una institución que honra a nuestra ciudad, lo designa miembro honorario. En 1994 se impone su nombre a un aula de la Facultad de Medicina.

SU SENECTUD

En los últimos años que precedieron a su fallecimiento – ocurrido el 23 de noviembre de 1986, a los 88 años – lo visité en varias oportunidades. En una de ellas me obsequió con una dedicatoria, el libro “Más allá de la Clínica” del Dr. Osvaldo Loudet, máximo exponente del humanismo médico argentino. En otra visita me mostró la medalla del premio Güemes y me dedicó su foto, obtenida varios años antes y que integra los recuerdos afectuosos que atesora mi biblioteca.

En esa época, su lento deambular contrastaba con su asombrosa velocidad de respuesta y su prodigiosa memoria. Lo vi por última vez en un amplio salón junto a un piano de cola-

que afectivamente lo ligaba a su esposa- rodeado de libros: continuaba siendo el infatigable lector de toda su vida.

Para concluir su evocación deseo utilizar las palabras con las que termina su currículum, donde hace honor al precepto hipocrático y que sintetiza la esencia de su personalidad: "Por amor a la Ciencia a través del amor al Hombre, y por amor al Hombre a través del amor a la Ciencia".